

# Imágenes del editor Julio Scherer

Carlos Monsiváis

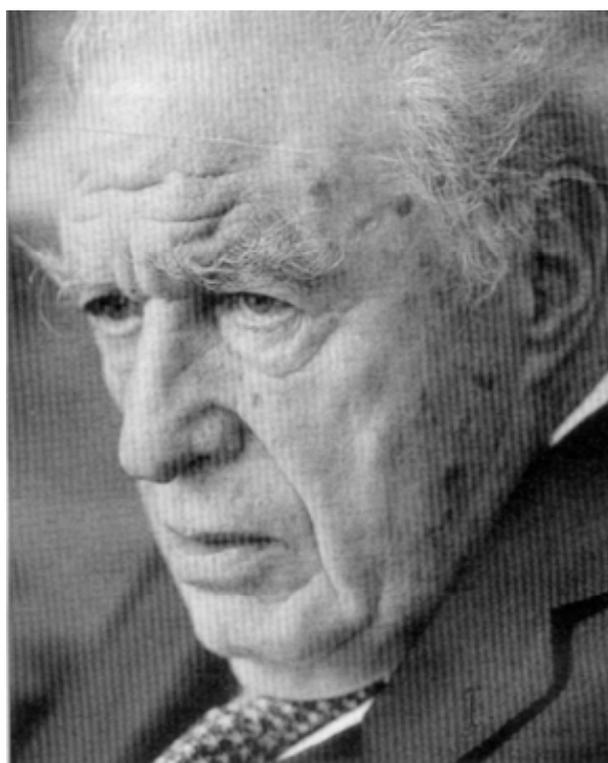
*Una figura relevante del periodismo nacional es sin lugar a dudas Julio Scherer, quien a través de su impecable y valiente trayectoria como editor, periodista y analista, ha modelado la ruta de un periodismo crítico. En este texto, Carlos Monsiváis —Días de Guardar, Los rituales del Caos— nos ofrece una galería de las diversas facetas del fundador de Proceso.*

I

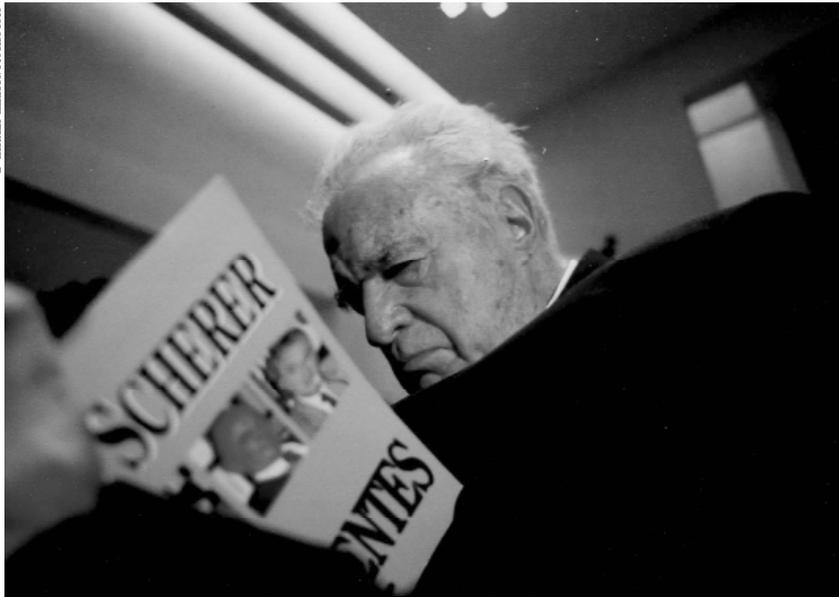
1. 5 de agosto de 1960

Voy al *Excelsior* a recoger la firma del periodista Julio Scherer en mi texto llamado escuetamente “Protesta”. El motivo: la represión salvaje en la avenida Rivera de San Cosme de una manifestación pacífica de profesores y estudiantes que defienden la causa del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), dirigido por Othón Salazar. A la marcha la agreden con saña los agentes secretos, la policía montada, los granaderos, la policía regular, los provocadores. La izquierda de la época, nacionalistas revolucionarios y comunistas, promueve el manifiesto, uno de los primeros en defender (según estos términos) los derechos humanos y civiles:

Los suscritos no pensamos que este hondo problema (de la reforma educativa) se resuelva mediante la acción del cuerpo de granaderos, sino mediante el ascenso real de la



© Guillermo Arias



voluntad de los trabajadores (...). Que el gobierno, a través de sus fuerzas represivas, sostenga los vicios de nuestra organización sindical, es un hecho que debe llenar de seria preocupación a todos los mexicanos conscientes...

El texto concluye casi anticipando el Pliego Petitorio del Consejo Nacional de Huelga del Movimiento Estudiantil de 1968. Los firmantes exigimos decisiones que consistan en:

1. Hacer respetar la decisión mayoritaria a los trabajadores gremiales.
2. Ordenar la disolución de los cuerpos represivos que impunemente violan la Constitución.
3. Ordenar la destitución de los funcionarios incapaces de dar solución racional a los problemas de su incumbencia y de proteger las garantías individuales consagradas en la Constitución.

Entre los firmantes hay pintores (Olga Costa, José Chávez Morado, Alberto Gironella, José Luis Cuevas), escritores (Fernando Benítez, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Efraín Huerta, Margo Glantz, José Emilio Pacheco, Carlos Pellicer), figuras muy respetadas de la izquierda tradicional... y tres periodistas del *Excélsior*: Julio Scherer García, Eduardo Deschamps R., Miguel López Azuara. Es la izquierda del momento que resiste en la medida de sus posibilidades a otra de las atrocidades del gobierno de Adolfo López Mateos, el "vasconcelista". A los reporteros del *Excélsior* los cercan regañones y amenazas de despido, y a Scherer en particular el director del periódico, Rodolfo de Llano, lo conmina: "No admito su firma en documentos subversivos". Scherer no se intimida pero se convence: la mejor militancia de un periodista es la objetividad informativa.

## II. 1961 o 1962

El periodista Julio Scherer García habla con un joven que tal vez podría colaborar en *Últimas Noticias*: "Si va a escribir sobre lo que se le ocurre, dedíquese a conseguir ocurrencias noticiosas".

## III. 1965

Una escena en el restaurante Ambassadeur, en el Paseo de la Reforma junto al *Excélsior*, no en balde autoproclamado "El periódico de la vida nacional". Scherer pasa de mesa en mesa y saluda y hace citas y emite elogios desmesurados que su sonrisa sarcástica desmiente. Es un reportero excepcional, un columnista temible pero no susceptible a la compra, un interlocutor ocasional del Señor Presidente de la República y, con frecuencia, de los Secretarios de Estado (con varios de ellos se tutea, algo equivalente entonces al derecho de picaporte), un conocedor del catálogo de prohibiciones y de los métodos para decir la verdad en letras de imprenta, un enterado de primera mano de los ascensos y descensos de los políticos. Un colaborador del *Excélsior*, invitado por Scherer, vislumbra otra definición del éxito: hallar natural que en un restaurante "de postín" (vocabulario fechado) a un periodista conocido se le dé trato de VIP o, como se decía entonces, de "jefazo".

## IV. 1968-mayo

Ya en marcha la campaña para director del *Excélsior*, Scherer le comenta a un treintañero que colabora en la página editorial: "No le haga tanto caso a sus emociones políticas. Están bien pero no tanto. Hágase de un sistema informativo nomás suyo. Eso es más emocionante".

## V. 1968-septiembre

En un desayuno, el director del *Excélsior* Julio Scherer García se explica:

No se vale. Todo el poder del Estado contra unos jóvenes y la única conspiración que se ve es policía. El Presidente quiere que le besen la mano, así literalmente, pero ya "chole" con el Padre de todos los Mexicanos. Por eso, si va a hacer crónica cuente usted lo que ve, y luego ya habrá tiempo de contar lo que piensa y sabe. Ahora cuente lo que ve.

## VI. 1974

El director del *Excélsior* lanza su carga febril de frases, en el enésimo telefonema de la noche. Se han comen-

tado hasta el hartazgo los secuestros de políticos y empresarios, y es notoria la tensión en “los altos círculos”: Scherer habla a su interlocutor en Los Pinos y, al mismo tiempo, examina las pruebas de la primera plana: por supuesto hermano, los secuestros desestabilizan, son lo peor. Tú sabes que la legalidad es la base de nuestra política editorial... (Al redactor) No, esta nota no puede ir a ocho columnas. Que el Secretario del Trabajo se vaya a páginas interiores, si es que cabe. Es más candente lo de Rubén Figueroa... (Al de Los Pinos) Tenme informado, al minuto. La prensa sí dice, la tele te escamotea la interpretación y las imágenes... Insiste en el editorial en que la nación necesita paz social, hermano, tú eres buenísimo para eso. Si nos enloquecemos nos lleva el carajo y si no nos vamos a fondo vamos a parecer boletín del gobierno... (Al de Los Pinos) Entonces en eso quedamos; de lo que te enteres nos avisas... (Al redactor) Déjenme ver las fotos.

#### VII. 1976-agosto

En el edificio de *Siempre!* en la calle de Vallarta. Conversan el director de *Siempre!* José Pagés Llergo y Julio Scherer. Un testigo toma notas mentales. “Pepe: Julio, eres un cabrón, hermano, por eso te quiero porque me da mi chingada gana querer a los que le ven manchas a la Inmaculada. Tú, entre un amigo y la noticia eliges siempre la noticia. Qué cabrón”. Scherer, todavía visibles los resultados anímicos del golpe al *Excelsior* de Echeverría (8 de julio de 1976), le contesta: “Pepe, yo nunca mando a mis amigos a la chingada, ellos se van solos y ni modo de no consignarlo”. Ambos se ríen, y el testigo quiere decir algo ingenioso sobre cómo hacerse amigo de las noticias, pero nada se le ocurre y por eso hace de su silencio un curso de periodismo alterno.

#### VIII. 1981

Julio Scherer lleva a uno de sus colaboradores a dar la vuelta alrededor de la manzana. (Por lo menos no exige el *jogging*). Pasa por uno de sus brotes de efusividad:

Pepe López Pórrillo está enojadísimo con la revista, como cuando era Secretario de Hacienda y decía que el *Excelsior* sacaba las noticias de los basureros. Ahora dice que todo lo vemos de la chingada, que la revista es el espejo negro de Tezcatlipoca, que va a retirar los anuncios. Si lo hace, ni hablar. Ya pagamos en el *Excelsior* nuestra cuota de silencios, pero hasta allí. Si el Presidente de la República afirma que mentimos ésa es una opinión o, más bien y para ser precisos, ésa es su gana de difamar. Dígame que lo convencen mis argumentos. Dígame.

#### II

En el trato con Scherer uno se acostumbra a la mezcla de un lenguaje desbordado y de la manía inquisitiva: “Cuéntame algo, a ver, cuéntame algo”. En todo momento en él son indistinguibles el reportero y el editor, término que a sí mismo no se aplica, pero que cumple cabalmente. Scherer es el editor o el director de la publicación, el que determina el rumbo, el énfasis, la jerarquía de los temas. Muy pocas veces, que se sepa, Scherer edita los textos en el sentido de corregir, cortar, proponer cambios en la estructura del texto; para eso no hay tiempo, la prisa es mala correctora de estilo, y es mejor estimular a sus colaboradores, felicitarlos cuando se puede o, también, reñirlos por su incongruencia y sus fallas.

Scherer es editor o director de la manera opuesta a sus antecesores en el *Excelsior*, que hacían de la censura



© Rodrigo Ruiz/Proceso foto



© Germán Chacón/Proceso foto

Scherer no se intimida pero se convence:  
la mejor militancia de un periodista  
es la objetividad informativa.

# El reportaje de investigación tiene limitaciones, entre ellas la dependencia creciente del escándalo y la certeza de que todas las denuncias no evitan la impunidad...

y la venta disimulada o casi disimulada de espacios el equivalente a dirigir. Él decide lo inevitable: la orientación general y los temas del día, y a eso le agrega la nómina de los entrevistables, el tono, el trazo de la primera plana (al llegar a la dirección del *Excelsior* cancela en definitiva la práctica de vender las ocho columnas), la nómina de los entrevistables. Pronto, rectifica el derechismo atroz del diario (el anticomunismo como persecución de cualquier intento de justicia social) y la servidumbre atroz con el gobierno y su partido. A veces, actúa a pausas por exigirle así las circunstancias; siempre, en “el país de un solo hombre” como afirman los priístas con técnica subliminal, ve en la información confiable el rechazo de la usurpación de voluntades. Al hacer eso niega con energía las tradiciones de la calle Bucareli, del periodista como inquilino de la visión oficial, egresado (o porro) de la Universidad de la Vida, del romanticismo y el cínico que sabe lo que no publica y publica lo que sabe falso. ¡Ah, la tradición! Los reporteros de las fuentes, los contratos provechosísimos de las empresas, el culto a la impunidad y a la distorsión informativa, las tribulaciones del Día de la Libertad de Prensa (la ceremonia del vasallaje cada 7 de junio), los enriquecimientos que se combinan con el abandono del oficio. Esa tradición del cinismo (“Embuste que no te corrompa, acéptalo”), se olvida de las responsabilidades formales, ignora la escritura y se burla de los ideales, tan “imprácticos”.

Scherer no acepta esas reglas del juego y en, 1975 y 1976, se niega a complacer los caprichos del Presidente Echeverría que le exige la salida de los colaboradores críticos. Scherer, el editor, está al tanto de que si cede a las conminaciones dejará de serlo. Por eso el golpe al *Excelsior* es consecuencia de la lucha entre una terquedad informativa y el anhelo de controlar la realidad a través de la desinformación programada. Scherer persiste, se desentiende de las amenazas y, luego de meses difíciles, funda *Proceso* en noviembre de 1976.

III

¿Es *Proceso* sensacionalista? La acusación ha sido muy frecuente y en ocasiones la he compartido parcialmente. A la distancia, reviso este juicio / prejuicio. Scherer, y éste es un mérito extraordinario, impulsa en México el

reportaje de investigación, el género que es hoy la gran defensa de la prensa ante los embates de la televisión (que no investiga), y que impulsa el síndrome *Watergate* (no hacen demasiada falta las “gargantas profundas” si se duda de la honradez del funcionario que en un año salta del departamento de interés social a una mansión en Bosques de las Lomas). De pronto, todo se acompaña del sufijo *gate*: Pemexgate, Videoescándalogue, Fondengate, Creelgate... Lo único sin *gate* es Fobaproa... En estos ejemplos, el “sensacionalismo” es un registro pálido del asombro ante las dimensiones del saqueo.

El “sensacionalismo” atribuido a *Proceso* ha sido casi siempre una voz de alarma (casi siempre: sí hay momentos de sensacionalismo, y en esos casos la cabeza de los reportajes y las notas anuncian lo que el lector no leerá). Desde las posiciones oficiales se entiende por *sensacionalismo* la crítica radical, y al respecto un modelo es el “científico social” que pergeña un artículo (“La democracia del alarido”) contra la actitud de los diputados del PRD el 1° de septiembre de 1994, en el último Informe Presidencial de Carlos Salinas de Gortari. Los perredistas, estentóreamente, califican a Salinas de “mentiroso” y el científico los regaña como si fuera elogiable el silencio ante la farsa ignominiosa de Salinas de Gortari. Así sea a gritos, la protesta es el recurso digno y el aplauso incondicional resulta, estrictamente, lo abyecto.

El sensacionalismo existe, y es uno de los abismos de la información, pero es también, usado por la censura, el término condenatorio de los convencidos de que su porvenir depende de la medida extrema de las publicaciones, del tono adecuado para comentar los asuntos del Señor Gobierno. En ese orden de cosas, así como es inaceptable la prensa que no documenta sus denuncias, es también inadmisibles proseguir con el uso de dos términos: *desacralizar* y *ser irreverente*. ¿Quién *desacraliza* lo que no es ni conseguirá ser sagrado? ¿Quién es irreverente si a ningún gobierno no se le puede entregar la reverencia? ¿Por qué la noción del *respeto* aún prevaleciente excluye la crítica?

IV

Si en el *Excelsior* es muy difícil el reportaje de investigación, en *Proceso* es el instrumento de creación y consolidación del público que, por fin, trasciende las

barreras del rumor o del chisme. El reportaje de investigación tiene limitaciones, entre ellas la dependencia creciente del escándalo y la certeza de que todas las denuncias no evitan la impunidad; sus ventajas, también no son minimizables: evita la jactancia de políticos y empresarios y el ocultamiento total del saqueo del capitalismo salvaje y acerca, hasta donde es posible, a las imágenes reales del país.

A los políticos y a los presidentes de la República les fastidia y les indigna que se les denuncie. Su apotegma se despliega: “La ropa sucia nunca se lava”. En contra de esta industria del ocultamiento, Scherer, el reportero y el editor, anima la investigación sobre los crímenes de Estado, los fraudes, las represiones, los ecocidios. Según los gobernantes, estas exploraciones de la verdad alienan el rencor que llaman memoria histórica. Scherer no se plantea la caída del régimen sino la visibilidad de los comportamientos ilegales e ilegítimos de la clase dirigente (demasiados, como se ha ido sabiendo).

El combate a la impunidad se inicia en el conocimiento detallado de los gobernantes, y a esto se ha dedicado durante veintinueve años *Proceso*, dirigido por Julio Scherer, luego por Rafael Rodríguez Castañeda y Carlos Marín, y desde hace siete años por Rodríguez Castañeda. Entre estas consecuencias notables del estilo editorial de Scherer es la urgencia de contar, si tal es el verbo, la situación real de los ciudadanos o, más exactamente, de los que quieren resolver sus problemas orgánicos y, simultáneamente, ejercer la ciudadanía. De modo notable, y esto es lo más arduo de reconocer, la lectura de la prensa es útil si se practica desde una perspectiva ética, si contribuye a una suerte de rearme moral

cotidiano. A eso se opone el fatalismo: “Al leer los reportajes y los artículos se acrecienta mi conocimiento de la clase gobernante, pero también mi certidumbre de algo esencial: mi incapacidad de respuesta ante los poderosos”.

El reportaje de investigación y los debates consiguientes intervienen en la zona de resistencia ante la falta de contenidos de la información televisiva y ante la dispersión de las navegaciones en el internet. Sin eso, no se interpreta lo que se ve.

v

Scherer lo señala con frecuencia: el hecho constitutivo del país es la desigualdad. Ante eso, ¿cuál es la vitalidad de la prensa si sólo el seis o siete por ciento de la población extrae de ella su información básica? ¿De qué modo detienen las publicaciones el saqueo interminable de los recursos de la nación? La capacidad interpretativa de los ciudadanos depende de la lectura, porque allí se ejercen la lucidez o las limitaciones. Si bien a la prensa no le corresponde lo propio de la política, el rectificar el estado de las cosas, sí aprovisiona a sus lectores con lo opuesto al cinismo y a la resignación, el espíritu crítico. ¿Qué quiere decir lo anterior? Examínese a la sociedad que surge del 68, de la democratización, de la pérdida priísta de la Presidencia, del rechazo de las prohibiciones de la derecha, de la crítica al poder como atmósfera cotidiana, y véase lo que allí han significado el periodismo crítico, el único realmente existente y la obra de reporteros y editores como Julio Scherer García. ■



© Rodrigo Ruiz/Proceso foto